

Turbocrónicas

MARCO AURELIO CARBALLO

Los Juegos de René

¿Cómo estuvo el homenaje a René?, preguntas, estimado Raúl Pérez López Portillo. La sala Manuel M. Ponce estaba llena y había gente incluso en los pasillos. Por el radio supe que iban a cerrar calles en torno al zócalo debido a marchas de protesta y por una especie de desfile de ciclistas. Así que Petunia, los chamacos y el aporrateclas llegaron a Bellas Artes en trolebús. A pesar de todo, al final, cuando el público le aplaudió de pie a René, la sala estaba llena de bote en bote, escribirían los cronistas deportivos del siglo pasado. René Avilés Fabila (RAF) contó que luego de publicar Los juegos, a fines de los sesenta, lo invitaron a la Ponce como parte de un ciclo de presentación de jóvenes autores. En medio de las risas, dijo que, aparte de su señora madre y del director del INBA, José Luis Martínez, no había nadie más esa vez. Exageró pero debe ser difícil, cuando empiezas, llenar la sala con un aforo de trescientas personas. Muchos ambicionan presentarse en ese espacio al que sólo llegan los buenos.

Te presumo que yo he estado dos veces ahí. La primera en una presentación colectiva, cuando se publicó mi mamotreto Muñequita de barrio (FCE). Estuve junto con otros compañeros, ellos sí famosos escritores chiapanecos. Después participé en una lectura colectiva de Cien años de soledad. Iba pasando y al enterarme asomé la nariz. Alguien dio por sentado que era parte del elenco menudo y me dio un ejemplar y dijo de dónde a dónde debía leer. Como no tengo carácter, me

dejé llevar y en segundos estaba ante un micrófono leyendo sin aplomo y con las piernas tembleques. En la sala había trescientas cuarenta y siete personas, la mayoría colegiales. Como antes había leído una niña y enseguida iba a leer un niño, el reportero de la agencia AP me interceptó en las escaleras cuando yo salía en fuga hacia La Habana, la cafetería, a una cita. Quién sabe qué sarta de barrabasadas dije. Los caminos que pueden llevarte a la Ponce resultan pues inescrutables.

Desde luego ya había estado ahí recién llegado del Soconusco. Intrépido, asistí a la lectura de un autor de cuyo nombre no debo acordarme. Nada más tomar asiento me quedé dormido a causa de algún desvelo y porque operó del todo en mí la atávica desnutrición. La de los soconusquenses. Dormir la mona por el efecto de media docena de espumosas hubiera sido menos humillante. Esta vez, a lo de René, decidí llevar a los chamacos a fin de que empezaran a codearse y a conocer el mundo real por encima del x-box y del chateo hipnótico. Antes se desayunaron para que no incurrieran en aquel abominable espectáculo paterno de años atrás.

El poeta Dionicio Morales actuó de moderador con muchas tablas y tabasqueño sarcasmo. Carlos Bracho leyó con envidiable dicción partes del libro y Humberto Musacchio y Bernardo Ruiz hicieron el elogio de la primera novela de René. Musacchio aclaró con ironía también que Los juegos (Nueva Imagen, ahora) no había sido una edición de autor sino que mucha gente aportó dinero de su bolsa para sufragar la novela. Con la venta de los libros René pudo pagar la segunda edición. Fue como se resolvió el problema de que, aun cuando

el librero y editor Rafael Jiménez Siles había pedido a RAF que escribiera la novela, dio marcha atrás al enterarse del contenido. La ahora extinta mafia cultural sale mal parada en el libro, te recuerdo, y el gobierno es acusado de la muerte a balazos del líder agrario Rubén Jaramillo y de su esposa embarazada. Cuarenta años después René habló breve y tras los prolongados aplausos firmó decenas de ejemplares. Varios volúmenes de aquellas dos primeras ediciones. Hubo vinillo para regocijo de los cazacocteles. Así fue como estuvo el homenaje, estimado Raúl.

Ojalá no llegues a ser poderoso

Esas “Figuras de la semana” salieron muy de izquierdas, Guillermo. Desde el Che Guevara hasta el subcomandante Marcos pasando por el que tú llamas “presidente patito”. Pero así estuvo la semana en los periódicos. De pronto la información es mediocre o de pronto sube de calidad. Para mí la derecha es mediocre. Las Figuras son como un termómetro. Claro, las escribo dominado por mis tendencias y hasta por mis prejuicios. Pero he llegado a la conclusión de que más bien disparo a diestra y siniestra. Si es que disparara porque las Figuras van en positivo. De niño aprendí a estar contra el PRI porque mi padre era panista. Hazme el favor. Años después entendí que en la tierra sólo había de dos sopas. Pero mi padre es de derecha en cualquier aspecto, incluido el lenguaje, menos en lo sexual. Ahí resultó un revolucionario empedernido. Tuvo más de veinte hijos con media docena de mujeres. Se tomó muy a pecho la consigna bíblica según la cual hay que crecer y multiplicarse. A la altura de la prepa creí que iba a ser guerrillero. La guerrilla triunfaba en Cuba. Enseguida estudié economía porque la facultad estaba impregnada de marxismo. Supuse que saldría de ahí preparado para contribuir a la liberación del país. Durante el siglo xx jamás se graduó en Economía ni un nuevo Madero, ni un Villa economista!, ni un nuevo Che.

Había escuchado el lamento de que este país estaba lejos de Dios y cerca de EE.UU. Pero le di sólo una connotación religiosa. Después escuché que el principal problema del país no era el PRI sino el vecino del norte. Tampoco le hice mucho caso. ¿Cómo si las mejores películas para mí venían del circuito Hollywood-Nueva York-Londres-París? La mejor música también. Había logrado desembarazarme por un tiempo de la

marimba con todo y “El rascapetate”, y me sentía adentrado en el rock hasta las orejas. Apenas incursionaba en la música sinfónica.

Ahora creo que mi caso va más bien de la izquierda hacia el anarquismo pacífico, manchado de nihilismo. Lo mismo procuro seguir esta divisa de José Saramago: “Entre más viejo, más libre. Entre más libre, más radical”. La derecha no tiene remedio. Lo comprobé con mi padre. Quedó super comprobado en el anterior sexenio y de nuevo esta vez. Podría darte ejemplos pero no quiero aburrirte. Se trata de una de las muchas coincidencias compartidas con René Avilés Fabila (RAF). Lo he confirmado en la celebración de los cuarenta años de Los juegos (Nueva Imagen). Por suerte no tuve la experiencia de formar parte de ninguna organización como le ocurrió a él con el Partido Comunista. Ahora RAF ha declarado que terminó dándose cuenta de que más bien está contra todos los partidos y casi en favor del anarquismo. Pero es que desde Los juegos, su primera novela, quedó de manifiesto su idiosincrasia. Se trata de un libro contra los poderosos, tanto de la cultura como de la política. Igual, estoy en contra de los poderosos. Aunque debe haber excepciones. A esa conclusión llegas. Porque ellos salen de los partidos y de las empresas. Enseguida se reúnen por ahí, en algún punto, con otros de su clase. Ahora se ha sumado el poder siniestro del narcotráfico. ¿Hacia dónde te haces? ¿Con quién te alineas? Con nadie. Mejor haz tu trabajo, cualquiera, lo mejor posible y cumple con los propósitos de ese trabajo.

El peor poderoso, el poderoso depredador es el cretino ungido de poder. Grande o diminuto poder. Ahí, cuidado. Proliferan. A la directora de Literatura de Bellas Artes, Silvia Molina, no le permitían la entrada hacia el estacionamiento de ese palacio para asistir al homenaje a René Avilés Fabila. Debió darle tres vueltas a la Alameda y más allá. Por fin echó mano del fuero, de su alto cargo. Sólo entonces el gendarme obedeció. Sin discernir... Obedeció a secas. Guillermo, sobre la marcha pídele a los astros que no te hagan poderoso.

Huevos de oro

Ahora aquel café parecía haber superado la etapa de su decadencia en picada durante varios años. Las tres filas de mesas estaban a punto de ocuparse en su totalidad ese domingo a la

hora del desayuno o del almuerzo. Vestidas de blanco, las meseras iban y venían para tomar la orden o para servir los platillos. Jóvenes, elásticas y enigmáticas. Los capitanes también, sin ese aire estirado y fatuo de los capitanes de restaurantes de plástico. Sólo quedaba esperar a que los platillos estuvieran a la altura del servicio, no de los precios. Unos precios como para turistas, como para esnobs o nostálgicos del D.F de los años cuarenta o cincuenta del siglo pasado. La primera vez que llegué a esa casa fue para entrevistar al papá de los Sánchez. Un grupo de zafios había atacado y convertido en éxito de ventas el libro Los hijos de Sánchez del antropólogo Óscar Lewis. El señor Sánchez era el encargado de proveer a la cocina de lo necesario con su compra diaria de verduras en La Merced, a finales de la década de los sesenta. Olvidé si fue una buena entrevista pero pegué de hit (dicho con la modestia que me caracteriza) al obtener cuatro de las ocho columnas, enmarcadas, en primera plana.

Volví al restaurante durante su ocaso. El padre de los hijos de Sánchez había muerto ya y el sitio estaba desolado. A



Martha Chapa

Petunia le llamó la atención un letrero según el cual las mujeres debían tener cuidado con el robo de sus bolsos. ¡En el interior del restaurante! Como la entrevista al señor Sánchez, olvidé también la calidad de los platillos. Nada del otro mundo.

Después supe del renacimiento del café, sin duda gracias a su antigua fama. Empezaron a frecuentarlo nostálgicos e hijos de nostálgicos. También turistas que se hospedan en el centro histórico y quienes le presumen a la novia de que la van a llevar a un sitio donde el café con leche es fabuloso. Sin la esperanza de que esa novia conteste: ¿Acaso tengo cara de tomar café con leche?, como respondió Marguerite Duras, la autora de la novela El amante de la China del norte cuando se lo ofrecieron en cierto café parisino. Terminó por ordenar un coñac doble. Ahora volvimos al café porque uno de nuestros hijos, adolescente, relacionó el nombre con el de la banda musical Café Tacuba. Le explicamos la relación mínima en cuanto al nombre. A él no le importó y tampoco encontrarse con los truqueros integrantes de una rondalla en lugar de un conjunto de rock. Él se zampó a gusto los dos tamales de pollo sin levantar la vista del plato. Su hermano mayor pidió unos huevos “tirados”, revueltos con frijoles. Pero los huevos rancheros no eran nada excepcional, si olvidamos su precio abusivo. Una rápida encuesta reveló que el pan de dulce tenía la misma calidad de cualquier panadería de colonia clasemediera, simple harina con agua.

La entrada y salida de la clientela no cesa de mañana y es necesario entrar o salir con cuidado porque el tránsito se complica si el parroquiano coincide con las meseras que te ven lánguidas y de reojo sin la petulancia de las chaparritas disfrazadas de china poblana. También te encuentras con la familia recién llegada y con los capitanes, con los cantantes o con los gendarmes que entran y salen de los sanitarios. Ojo, debe disponerse de un presupuesto del doble de cuanto se pagaría en un figón de plástico y aparte la propina de los cantantes. Cuando ellos pasan la pandereta de mesa en mesa, a la cual le han colocado billetes de a cincuenta pesos (el viejo truco), algunos clientes a la mitad del desayuno se disculpan. Aunque hay quienes no se molestan en desembolsar las monedas o los billetes. Son los que tampoco se lavaron las manos antes de empuñar los tenedores. 🐈